

# LAS 'NO MEMORIAS' DE JAVIER PRADERA, EDITOR

*Rosa Pereda*  
Escritora y periodista

*Javier Pradera. Itinerario de un editor*  
Jordi Gracia, ed.  
Madrid, Trama editorial, 2017.

La función de las memorias, de ese género que cada vez me gusta más, es mostrar, desde su propio punto de vista, la personalidad de un personaje. Desde las motivaciones últimas a las circunstancias en que se desenvuelve su vida, en que se producen sus actos. Normalmente se trata de relatos autobiográficos, más o menos embellecidos por el autorrecuerdo, que por cruel que sea muchas veces, siempre deja esa miga de autocomplacencia sin la que el personaje no hubiera podido vivir. Y la memoria, además, es tan selectiva. Pero es el yo el que se expresa, con voluntad de narrarse. Aquí no, y por eso he titulado este texto sobre el libro de Pradera como las *no-memorias*. Y sin embargo, debo decir que yo lo he leído como si sí lo fueran. Como la explicación de una faceta, que no es precisamente la más conocida del autor –quizá con comillas– y de las circunstancias en que comenzó un oficio, «el mejor del mundo», siguió en él, y luego fue cubierto por una personalidad pública que tenía más qué ver con la prensa –el Pradera periodista, otra vez con comillas– y con la política

–o su voz como una de las más influyentes de varias décadas de la historia de España, y no solo desde su opinión publicada, con o sin firma. Lo que le granjeó admiración y respeto, pero también odio y envidia. Debo decir que, en mi caso, se trató de lo primero. Admiración y respeto.

Dicho esto como punto de partida, Jordi Gracia, y Natalia Rodríguez Salmones, han seleccionado una colección de textos de Pradera referidos todos ellos a su trabajo como editor y a sus ideas sobre la edición. El libro, que acaba de publicar Trama editorial y que lleva un epílogo de Miguel Aguilar, tiene dos partes bien diferenciadas. Una, que recoge una serie de cartas e informes internos, desde las editoriales que cofundó y codirigió, que casualmente fueron de las más importantes para el progreso de este país en el tardofranquismo y la primera transición, es decir, el Fondo de Cultura Económica, Siglo XXI y Alianza Editorial. En ellas, y desde esa primera carta (publicada) al mítico Arnaldo Orfila, en que cuenta sus detenciones por parte de la policía política franquista, su intento de convertirle en *no-persona* (prohibición de la colegiación como abogado y de la enseñanza en la Universidad, por hacerlo breve) y se enfrenta a sus comienzos en el mundo editorial, a esas otras que van sorteando los escollos internos y diferencias de criterio, y esas otras, omnipresentes y agotadores, que son las trabas burocráticas y, fundamentalmente, la censura. Esa losa que ahora se nos hace inimaginable incluso a los que la hemos vivido. A través de esta primera parte, que podría parecer árida, se nos aparece un Javier Pradera muy joven, muy capaz y muy rebelde. Muy íntegro. Y nos aparece también un mundo que es esa España de los eternos cincuentas, que duraron hasta los setenta, en la que solo una minoría parecía ir elaborando un proyecto para el futuro de este país. La presencia del exilio, que sobrevolará todo el libro y que tanta importancia tuvo en la creación de editoriales en México y Argentina sobre todo, y en este arrancar español, es un dato histórico que se nos está olvidando, y que tiene una enorme importancia, porque sin sus libros, traídos por sus «sucursales», a veces clandestinamente, no hubiera sido posible. Esa relación entre las dos orillas del Atlántico, o de la lengua, si se prefiere, es un *leit motiv* de todo el volumen, y supongo que ha sido una de las preocupaciones más serias de Javier Pradera, uno de sus caballos de batalla.

La segunda parte reúne textos de distinto tipo: conferencias sobre el quehacer del editor, un par de entrevistas y algunas semblanzas de editores próximos y admirados, de Orfila a Herralde, de Carlos Barral a Mario Muchnik, incluyendo a Pancho Pérez González. En esta parte, Pradera hace expreso su ideario sobre el quehacer del editor, sobre el sentido de la lectura y de la publicación de libros. Sobre la traducción. Y, aunque no hay solución

de continuidad con la primera –es el mismo Pradera el que ha escrito los textos a lo largo de los años– va viviendo los cambios que el mundo editorial, su mundo, va sufriendo. Y, como su concepción estrictamente materialista del libro como valor de uso pero también de cambio, y su valoración de los procesos del sistema, completamente concentracionarios a partir de los ochentas, y de la cosificación del libro como cualquier producto vendible y al margen del contenido, rompe lanzas por esos *editores-sí* que dijo creo que Einaudi, e irá definiendo lo que es el trabajo del editor de calidad. Y nunca le llama así, porque casi siempre se dirige a todo el gremio, y no es cosa de molestar, sino de llamar la atención sobre estos procesos, pero distingue a aquellos editores que se arriesgan por descubrir, que apuestan, y que publican sin miedo. Aunque, por supuesto, no deja de lado las cifras de resultados, nunca serán éstas la razón por la que se publica tal o cuál título, tal o cuál autor. Es decir, define el modelo de editor literario. Y así le llama él.

Tampoco es ajeno a los cambios tecnológicos, a la posibilidad de un cambio de soporte del libro. Y justo esa posibilidad, que está ahí conviviendo con el papel cosido por un lomo, le permite resaltar dónde está el valor de lo que los editores fabrican y venden. No es la primera vez que el libro cambia de soporte, claro, y lo explica, aunque no parece hacerle mucha ilusión (¡A mí tampoco!). Y sin embargo, ese múltiple, intangible, pero tan significativo contenido, esa obra, que se puede leer en rollo, en papiro, a imprenta y en libro, o en la maldita pantalla, ése es... Pero es lo que tiene el análisis de la historia, que nos hace saber, por muy deprimente que sea a veces, que no hay nada de natural en lo humano, que todo es histórico luego cambiante, pero que podemos y debemos intervenir en esos cambios, no dejarnos arrollar por ellos. De hecho, intervenimos, aunque sea por defecto. Y los malos, también. Pradera es un hombre de formación marxista, lo que explica en buena parte una clarividencia política que echamos mucho en falta en estos tiempos. Aunque a veces no estuviéramos de acuerdo con él.

A lo largo de estas dos partes, de los veintimuchos textos que constituyen el libro, no sólo aparece el editor: también aparece el hombre Pradera. Que es el mismo. El que yo conocí era tímido superado, le salía la inteligencia por los ojos, y tenía un sentido del humor peculiar y brillante. Bastante ácido, claro. También está, algunas veces, en este libro. No son unas memorias en sentido estricto, pero a lo largo de cartas, informes, conferencias y artículos de prensa –y esas entrevistas publicadas sin firma, como la de Orfila– se van definiendo una personalidad y una historia. La de su vida y la de su mundo. Con una enorme coherencia. ¿Y saben por qué? Porque Pradera tenía desde el principio una historia que contar. La de cómo, desde la cultura, y desde

la edición, se podía cambiar el mundo. No ha sido escrito como un texto voluntariamente autobiográfico, pero ahí está, al menos desde un prisma, su autobiografía. Es verdad que no aparecen ni el Pradera político de la democracia, ni el Pradera familiar y cotidiano, ni el editorialista mayor de *El País*, pero la impresión de sinceridad que dan sus textos, la continuidad de algunas de sus ideas maestras, en fin. No son unas memorias, pero se pueden leer como si lo fueran. Porque, como en esas autobiografías escritas de corrido, en estos textos a lo largo de una vida ha plasmado una mirada muy concreta, y una intención de vida. Con todos los vaivenes y sinsabores, claro. Y con la conciencia de que el éxito, el suyo, pues bueno. Las vidas son historias que siempre acaban mal. Muriéndonos.

El libro se cierra con un colofón muy significativo. Una frase de Pradera, extraída de una de sus conferencias, que dice: «Tampoco podemos convertir nuestros problemas personales o nuestra mala pata, o nuestra mala suerte biográfica, en una elegía por la decadencia de la civilización occidental o del mundo editorial». Pues no, no podemos. Pero... ■